

HOMENAJE A LA MEMORIA DEL SR. LIC. ARMANDO OLIVARES
CARRILLO, EN EL 9o. ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO



COLMENA UNIVERSITARIA

ORGANO INFORMATIVO DE LA
UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

AÑO 1 :: Guanajuato, Gto., octubre 31 de 1971 :: NUM.

11

.X-43-4-28 OF QK,,. -
PALACIO NACIONAL OCT 30 D 12.00,,
.SR LIC JOSE TORRES LANDA,,
.GOBERNADOR CONSTITUCIONAL DEL ESTADO,
,.PALACIO DE GOBIERNO,,
.GUANAJUATO, GTO.,,

.SPO 34235 RECIBA MIS MAS PROFUNDAS CONDOLEN-
CIAS FALLECIMIENTO DOCTOR ARMANDO OLIVARES
CARRILLO EXPONENTE ILUSTRE DE LA CULTURA ME-
XICANA DIGNO RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE GUA-
NAJUATO Y CIUDADANO INTACHABLE,, ADOLFO LOPEZ
MATEOS.,,,"

CONDOLENCIA. - El Presidente de la República envió al
Gobierno del Estado el presente telegrama de condolencia por
el fallecimiento del licenciado Armando Olivares Carrillo,
Rector de la Universidad y amigo personal de él.

Semblanza del Rector

Armando Olivares Carrillo

POR ALFONSO TRUEBA

EL 13 de octubre, en Hermosillo, trágicamente solo, murió Armando Olivares, Rector de la Universidad de Guanajuato.

Encomiar las virtudes de este mexicano en ocasión de su muerte es deber de amistad y ejercicio de civismo.

Armando Olivares fue el iniciador de la reforma universitaria en su provincia; durante diez años ejerció impecablemente el noble oficio de Juez de Distrito; guió a la juventud con mente lúcida; escribió bellos libros. Fue hombre cabal.

Bajo la influencia de Olivares comenzó a operarse la transformación del viejo Colegio del Estado en Universidad de Guanajuato. Esto no fue un simple cambio de nombre. Por casi cien años el antiguo plantel produjo licenciados y mineros. Los licenciados iban a sus pleitos o a sus chambas; los ingenieros de minas, a servir a las compañías extranjeras hasta morir de silicosis.

A partir de la primera rectoría de Olivares, se puso en práctica la idea de convertir la venerable institución en moderno centro difusor del saber y de la cultura, esto es, de elevarla a la categoría de verdadera universidad. Signo del cambio fue la representación por estudiantes en las plazas de la hermosa ciudad, del teatro clásico español, con prólogos escritos por el mismo Armando, quien también solía representar algún papel, como el de Cervantes en los Entremeses.

Los conciertos sinfónicos, la edición de libros de poesía, de literatura, de ciencias; la apertura de nuevas facultades —música, filosofía, arte dramático, arquitectura y otras—; el ensanchamiento físico de la casa de estudios; la modernización de los equipos de trabajo; los ciclos de

conferencias por maestros eminentes, fueron otros tantos signos del nuevo concepto de la función universitaria, aplicado con juvenil entusiasmo por un rector revolucionario.

Puesto en marcha el programa innovador, Armando Olivares fue llamado, en 1951, a ocupar el cargo de Juez de Distrito, que desempeñó durante diez años no sólo dignamente sino con legítima elegancia. La justicia fue en sus manos, como lo manda la Constitución, pronta y expedita. Puntualísimo en el cumplimiento de sus deberes, fallaba los juicios de amparo invariablemente en la audiencia constitucional. Los estados que la Suprema Corte publica anualmente, acreditan que siempre fue cero la cifra de los negocios pendientes de resolución en el juzgado a su cargo.

Dictó miles de sentencias sin tener en consideración otro interés que el de la ley. El bien o el mal que pudiera venirle por resolver conforme al derecho no le preocupó jamás. Y así, aunque supiera que una decisión suya provocaría los ataques —muchas veces villanos— de una prensa mal informada, no dejaba por eso de dictarla. Ni el dinero, que nunca fue objeto de sus afanes; ni el temor al fuerte, que no cabía en su corazón bien puesto; ni la amistad o el desafecto determinaron jamás su conducta de Juez.

No exageramos al decir que Armando Olivares, con su limpísima actuación de funcionario judicial, ennoblecó esta vilipendiada profesión.

A la vez que servía lealmente a la administración de justicia, hombre ligado a la Universidad, desempeñó también con genuina probidad el oficio de formador de hombres. Los estudiantes le tuvieron por maestro, que se manifestaba no sólo en su cátedra de filosofía jurídica, sino en la dirección moral.

La autoridad de Olivares en ese pequeño mundo descontento y variable que es una casa de estudios, fue indiscutible. Los muchachos le respetaban y le querían porque era hombre con capacidad para mandar y porque le hacía amable una bondad innata y viril.

Las tareas de rector, de juez y de maestro no absorbieron la mente de Armando Olivares de modo que le impidieran ocuparse en la creación literaria, que fue su más angustiosa vocación. Escribió agudísimos ensayos, poesía, novelas cortas, espléndidos cuentos. Sobre una interpretación de la pintura de Diego Rivera, éste le declaró que era lo más original que acerca de su arte se había escrito. En sus obras de ficción —LA SECA,

por ejemplo— se revela un profundo sentido trágico de lo popular, expresado con una maestría que pocos escritores alcanzan.

Las cualidades que hemos brevemente reseñado, eran como reflejos de otra fundamental cualidad: la hombría.

Me parece que Armando Olivares vivió según la doctrina de Séneca que se expresa en este principio: sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llaman prósperos, o de los que llaman adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

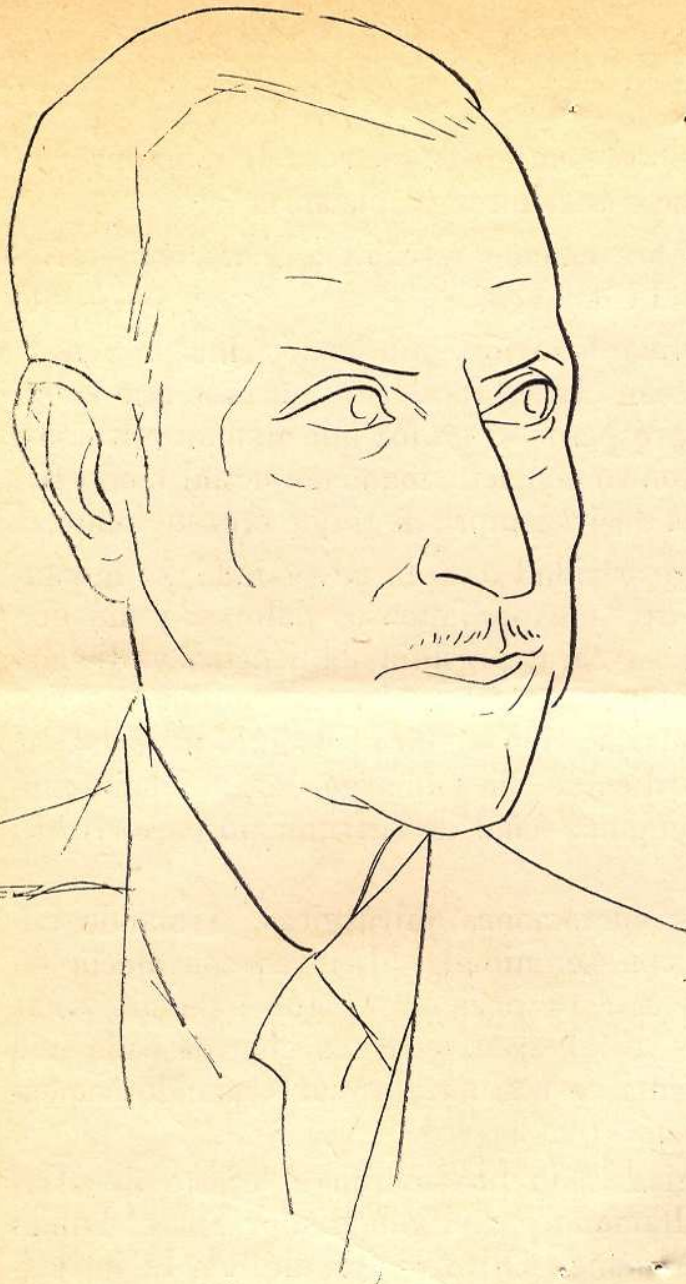
Por que Armando, en la prosperidad o en la adversidad, se mantuvo firme. Gravemente enfermo, torturado por intensos dolores, y sin que se contrajera un sólo músculo de su cara, presidía audiencias y dictaba resoluciones. En una ocasión, mientras se celebraba una audiencia, fue enturbiándosele la vista hasta no percibir sino sombras, y sintió las entrañas desgarradas como por un hierro ardiente. Sin embargo, la audiencia continuó y las partes no advirtieron ninguna señal de sufrimiento en el rostro del juez.

Sometido a dos espantosas operaciones quirúrgicas, Armando enfrentó la amenaza de la muerte con serenidad. Mientras convalecía en una cama del hospital, observaba a otros pacientes y fue tomando notas de sus casos; unos murieron, otros se salvaron, y la reacción de cada uno ante la inminencia del fin fue el tema de una novela que Armando comenzó a escribir y que ignoro si terminó.

Las intervenciones quirúrgicas sólo produjeron el efecto de alargar unos días la vida. Pues bien, llamado por el gobernador Torres Landa a la rectoría de la Universidad, Armando Olivares trabajó con la intensidad y el entusiasmo de un hombre sano y en plenitud de facultades, no obstante que su organismo estaba ya herido de muerte.

Con frecuencia, en sus brillantes discursos, citaba Armando este pensamiento de Unamuno: el hombre justifica su hombridad por la indagación angustiada de su propio destino. Y ciertamente Armando indagó en todas las fuentes del saber, con angustia, el sentido y la razón de su propia existencia.

Ahora ya lo sabe. En la trágica soledad del cuarto de un hotel de Hermosillo, adonde había ido al cumplimiento de una misión universitaria, que no rehusó a pesar de la premonición de su fin próximo, Armando Olivares recibió el mensaje cierto de la muerte que pone fin a todas las indagaciones.



13 de octubre de 1962
Armando Olivares
ha muerto

POR EMILIO URANGA

ME enteré muy tarde de la noticia, aunque quiere desprender del cuerpo: Armando desde que lo supe la tristeza no se me Olivares, Rector magnífico de la Universidad de Guanajuato, ha muerto.

Tierra piadosa le dieron sus paisanos la tarde del 16 de octubre, pero no murió en la ciudad que lo vio nacer. Por un azar misterioso, de los que abundaron en su vida, su tránsito ocurrió lejos de ella, durante un viaje a la ciudad de Hermosillo, para celebrar los veinte años de la fundación de la Universidad de Sonora.

En todo caso su muerte, lo mismo que su vida entera, tuvo que ver con la Universidad y se cumplió lealmente sirviendo a la institución que encarnaba con tanta dignidad y a la que, desaparecido, honra de ahora en adelante con el ejemplo que dejó a los que formó con su magisterio o a los que distinguió con su amistad de caballero.

Conocí a Olivares hace muchos años. Lo conocí cuando por primera vez visité la ciudad de Guanajuato. Y desde el primer momento percibí que de él emanaba una cortesía contagiosa que invitaba suavemente a un trato humano de los más elevados propósitos. Su presencia ahuyentaba los malos sentimientos, como diría Goethe de su amigo Schiller.

La magia de la ciudad de Guanajuato se me enlazó desde entonces a la figura señera y bondadosa de Armando Olivares y nunca volví a frecuentarla sin rendir un tributo de hospitalidad al hombre que con toda justicia puede ser llamado el más ilustre representante de las virtudes de su provincia.

No era infrecuente oírlo confrontar, sin herir a nadie, la autenticidad del verdadero guanajuatense y la frivolidad de los visitantes de la capital o de otras Entidades circunvecinas. Esto le dolía. Y tenía razón. Estaba compenetrado hasta los huesos del amor a su ciudad y cualquier confusión de sentimientos al respecto lo lastimaba.

Realizó el ideal de pasar directamente de la provincia al mundo sin el dudoso intermedio de inclinarse ante la capital. Ahora puedo decirle que un capitalino ciento por ciento comprendía su celo y lo compartía, pues lo que él sentía como barreras no existen en realidad tratándose de mexicanos sin intenciones ofensivas.

Me decía entre irónico y sagaz, que a los guanajuatenses les debíamos los demás mexicanos la insignificancia de habernos dado la libertad, y reclamaba en cambio, casi abochornado, que con el dinero de la Federación se construyera la avenida subterránea que enlazaría al Cantador con la calle asombrosa del Padre Belaunzarán.

Tenía por su Universidad un cariño amasado por los años. No ostentaba su obra, aunque le complacía saber que algo tangible estaba haciendo en beneficio de su grandeza. Soñaba con ligar su suerte al trabajo de los estudiantes; realizar con sus propias manos fábricas que redundaran en patrimonio universitario. Como si fuera un monje arquitecto del siglo XVI, en su imaginación flotaba la fantasía de una mu-

chedumbre que construye caminos, que levanta edificios y que coloca piedra sobre piedra, y no sólo impalpables ideas, para cimentar el monumento perdurable de lo que ha de ser la Universidad.

Hombre fogueado en las disciplinas de la soledad y del sufrimiento, daba hacia afuera la sensación de una ponderada salud. Jamás importunaba con el cuento de sus padecimientos y cuando insidía en su crónica lo hacía con un desprendimiento franciscano, como si hablara con un tercero, con objetividad de positivista, aunque sin su sequedad. Paciente y médico en alternante juego de espejos humanistas.

Se le sentía un poco lejano siempre, ocupado en menesteres que tenían mucho que ver con la muerte y con la resignación de sólo pasar por esta tierra. Su cristianismo era cabal y sin resabios de adoctrinamiento o de proselitismo. Despreciaba gallardamente la filosofía científica y se regodeaba en los arabescos de su sabiduría moral.

Pero era optimista. Parco y reservado en sus efusiones, la retórica lo traicionaba a veces, y tras de su barroca elocuencia, se dejaba ir hacia el deliquio. Luego se recuperaba y como quien no da importancia al zambullón, emergía sacudiéndose en su sobriedad para reanudar un diálogo preciso, exacto y mesurado. Me parece que, aun dentro de las minas, lo que más amaba eran las flores, de cuarzo, desde luego, como correspondía a su espíritu cristalino y transparente.

Estaba hecho para la muerte, y su funeral hubo de ser una solemnidad ajustada al sentido de su propia vida. Acompañar a ese hombre a su última morada debió ser impresionante y noble, como ver un cortejo de caballeros entre los que fuera Jorge Manrique.

Para mí Guanajuato es ya una soledad y una ausencia. La pérdida de Armando Olivares se tiene que compensar pronto, con un monumento a su memoria. Lo despido por ahora como caballero y amigo, y abrigo la esperanza de encontrarlo de nuevo en un pedestal, en alguna plazuela asoleada de su ciudad o envuelto por la sombra mágica que surge de sus callejones en las noches de vagabundeo, acuñado en una figura en la que se mezclan con armónica nostalgia la majestad de un Greco de Toledo y la desnudez, severa en sus líneas, de un Caballero de la Mancha, pero, en definitiva, animado con la discreción de un mexicano del altiplano, tiernamente irónico y sobriamente distante.

Muere Armando Olivares

POR ERASMO MEJIA AVILA

Querido compañero, mira cómo nos acercamos a ti, transidos de dolor y temblando de respeto.

QUEREMOS que sea éste un tributo más del afecto y de la admiración que le profesamos durante muchos años.

Afecto nacido al transcurso del tiempo que duró nuestra gran amistad, desde que juntos iniciamos nuestra vida estudiantil, trasponiendo por primera vez los umbrales de nuestro querido Colegio del Estado.

Admiración fincada en el enorme valer moral e intelectual que había en él... y en la fortaleza del inconmensurable espíritu que alentó su materia.

Así lo demostró hasta el último instante, adherido al cumplimiento del deber, como el capitán de un barco.

Representaba a la Universidad, "su Universidad", en el cumpleaños de la Casa de Estudios, en el Estado de Sonora.

Siendo, como fue siempre, un farallón humano, estoico, enhiesto y vertical, se encaró a su propio destino, pues él sabía hasta qué punto llegaba la delicadeza de su salud.

Mientras se acercaba al final, más se alargaba sobre sí mismo, como si hubiera querido alcanzar el infinito con las manos...

Y a fe que lo alcanzó y lo alcanzó desde antes de partir, porque Armando fue siempre un hombre infinito.

Así vivió y así murió: en plena infinitud de su inabarcable grandeza mental y espiritual.

Había que verlo, oírlo y sentirlo cuando hablaba en público, para percibir, aunque fuera a distancia, las vibraciones de su cuerpo astral.

Precisamente por ser tan grande, no se sintió torpemente, cobardemente aferrado a la vida...

Para un ser como él, la muerte es la suprema liberación de la materia para que lo impalpable pueda expandirse en todas su amplitud.

Consciente de que esa materia se había declarado impotente, se dedicó a viajar con su intelecto hacia todos los rumbos.

Qué inquietud tan grande la de su espíritu: Armando Olivares no podía permanecer sentado en una silla más allá de una hora.

La necesidad de cambiar de ambiente, de ocupación y de ideas, era como una parte de su vida.

Acostumbrado a resolver los problemas en el momento mismo que surgían, era obligado para él cambiar de sitio para resolver otros.

Pero nunca como en los últimos meses, que lo veíamos desde temprano en su cátedra, luego en el despacho de la Rectoría, después en las obras de reconstrucción de Belén, particularmente atendiendo el acondicionamiento de la biblioteca que le causó tantos desvelos y que después, en un gesto de comprensión y de justicia, recibiera su nombre.

Más tarde en la tribuna, donde se transfiguraba como un semi-dió, lanzando raudales de elocuencia.

O bien en el salón de conferencias, para sorprender cada vez más al auditorio con su monstruosa erudición.

De muy pocas personas puede decirse, como de él, que poseía una cultura verdaderamente universal.

Y hasta poniendo el ejemplo a los muchachos de ingeniería, con la pala en la mano, abriendo un tramo de la carretera Típico-Escénica.

Dirigiendo los destinos de la Universidad, por cuarta vez, le imprime características que la colocan en un sitio de primera magnitud en el país.

Y si hubiera tenido más dinero —nos decía en cierta ocasión— habría hecho diez tantos más de lo que ya está realizado.

Como que todo lo grande que tiene nuestra Casa de Estudios se debe a su iniciativa.

Nadie como él podía decir con más derecho: "su Universidad".

El le dió nombre, elevándola de Colegio del Estado a la categoría que ostenta.

Y siguió dándole prestigio, como un desprendimiento de su propio prestigio, que llevó a todos los ámbitos del país.

Ya no pudo asistir a la Ciudad Universitaria para repetir la última conferencia que le escuchamos en la inauguración de la biblioteca que llevaría su nombre.

Y es que Armando ejercía varios privilegios a la vez: era filósofo, escritor, poeta, orador, conferencista, maestro... y lo que muy pocos saben: cultivó también la música, la pintura y el grabado.

En su biblioteca particular siempre había un caballete con el último lienzo.

Su paso por la vida deja huellas muy profundas. La Historia cobijará su nombre con la predilección que corresponde a su inmenso talento y a su vida ejemplar como ciudadano, como profesionista y como insigne pensador.

Con él se fueron sus últimas ideas: la construcción de un estadio para la Universidad, la colonia de maestros y, la meta de sus más altas aspiraciones: la Ciudad Universitaria en esta capital.

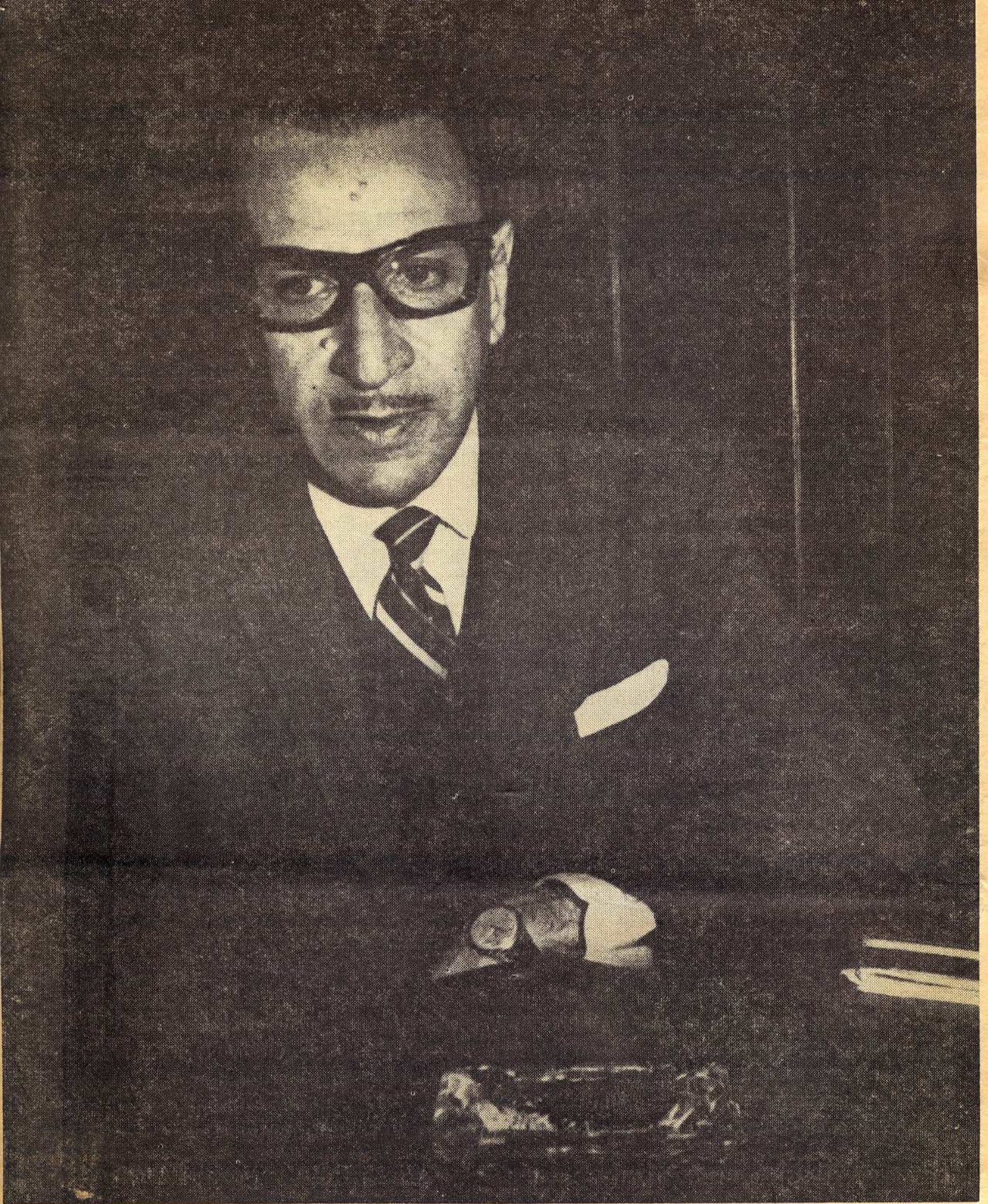
Guanajuato y el foro guanajuatense pierden a uno de sus más altos representantes.

La Universidad, este Almario Bendito que lo vio nacer, selló una etapa de su vida y llorará para siempre la ausencia de su hijo consentido que quiso entregar a su madre hasta el último aliento.

La oratoria nacional recordará el nombre de Armando Olivares junto al de Jesús Urueta o José María Lozano, porque, tan grande como el de ellos, fue el relámpago de su palabra, hablada o escrita.

Y sus amigos nunca lloraremos bastante al valuarte que encontramos en la nobleza de su corazón y en la sinceridad de su mano, siempre tendida con cariño y con inigualable caballerosidad.

Descansa en paz, compañero y amigo, y que la luz divina de Quien todo lo provee y todo lo atiende, guíe tus pasos hacia el sitio de los justos... que nosotros te seguiremos cuando llegue la hora.



LIC. ARMANDO OLIVARES CARRILLO

En Alabanza de un Guanajuatense Singular

POR JOSE GUADALUPE HERRERA CARRILLO †

NOS aseguran que ha muerto; labios veraces confirman la noticia. De su desaparición nos informa, en detalle, los periódicos, y la tinta de imprenta de la hoja volandera se vuelve desgarrón de luto a nuestros ojos en veces, y en otras adquiere transparencias de agua clara.

Asistimos a sus funerales y tiemblan todavía en nuestros oídos los ecos del canto llano, del "Requiem eternam dona ei domine", de la queja postrera del toque de queda del clarín lamiendo la orilla de su sepulcro.

Más aún: para confirmar y sostener nuestra pesadumbre, como en testimonio, hemos visto a la ciudad entera volcarse en tumulto detrás de su féretro y fingir que sepultaba su memoria en otro tumulto de rosas y ofrendas florales. Escuchamos, conmovidos, el apagado llanto de los suyos y nos hundimos en el silencio con el que la comunidad entera selló toda señal de regocijo.

Callados, absortos, dolidos, envueltos en bruma a pesar del estallido del sol y el reventar de la vida que bulle por todas partes, regresamos del cementerio en donde creímos dejarlo...

(No sabíamos que él se volvía con nosotros, sin decir palabra, colina abajo).

Porque las gentes del pueblo desmienten ahora su desaparición con firmeza, casi con furia, y gritan encarándose a la ausencia: NO ES CIERTO, NO ES CIERTO. Lo gritan con los labios apretados aquellos que apenas si lo conocieron lo mismo que los que forman el grupo de sus íntimos amigos: NO ES CIERTO. Y el contagio nos anima a todos en su fiebre y prende en nosotros la hoguera de la rebeldía; sacudimos

la resignación como si fuera vieja ceniza para dejar al descubierto y poder tomar en nuestras manos y levantar en alto el leño encendido, el leño que arde en una terca y absurda esperanza...

—“Lo acabamos de ver; caminaba por la calle erguido y sonriente; iba de prisa como es su costumbre; nos saludó al pasar...”

—“Estaba allí, hace apenas unos instantes, en el Café, departiendo y bromeando con sus amigos”.

—“Hace un momento —*comentan jóvenes voces*— se sentó en el sillón de su cátedra para transmitir la buena nueva arrancada a la vigilia y al esfuerzo cuotidianos”.

—“Pero ¿no lo ven ustedes? Ahora está ahí, en la tribuna, en pie, con los brazos en alto y la palabra fácil en torrente: habla en defensa de Guanajuato, en alabanza de Guanajuato”.

—“Lo acabamos de escuchar, conmovidos como nunca, porque sabe hacer del lenguaje una guirnalda, un estallido, un grito, una hoja de espada fulgurante, un látigo, un bofetón, un mimo, una caricia, una admonición, una profecía, un alegato en favor de las cosas buenas, un incendio en loor de las cosas bellas, un disparo, una plegaria, un golpe de martillo sobre el yunque de acero...”

—“El licenciado Armando Olivares Carrillo acaba de pasar frente a mi puerta; iba de prisa...”

* * *

Poco antes de morir dijo su “Alabanza de México” porque ya no le cabía en el pecho su ternura por las cosas nuestras, su amor por las gentes de México. Y así, con la travesura saltarina de la chuparrosa, su interés iba de la pajarita de tejamanil en manos del niño mestizo a los pies desnudos de las muchachas de Juchitán, de las hembras del Istmo que mejor que en la cabeza llevan en el pecho la ofrenda de sus frutas maduras, de las mujeres de cuerpo cimbreante que andan por los caminos del sur de México con el oro macizo de los collares al cuello y se adornan la negrura de la cabellera con las lucecillas de auténticas luciérnagas.

Nadie como él supo escuchar la voz de las máscaras mexicanas confundida “con su risa en las enormes jetas de cartón”; nadie como él

logró emborracharse con “el aire colmado de campanas” en repique, “aire-fiesta de México”; nadie como él unió su propio regocijo con el humilde regocijo de las gentes humildes e hizo estallar su entusiasmo con los cohetes y fundió su ánimo en la luz y en el colorido de los fuegos de artificio de todas las plazas de México, de todos los rincones de México en feria.

Nadie como él supo amar. . . —sí, tuvo un hermano, fraile como él sin sayal, pero con devoción semejante a la suya: Ramón López Velarde—; tanto como éste supo amar aquel a “la patria-pájaro, patria-péndulo para tocar ambos extremos: el extremo español y el extremo indio; patria-péndulo de siesta católica, de chocolate, de canario enjaulado y destiladera con su gota eterna”.

* * *

Para los entendidos y para los eruditos, Armando Olivares Carrillo pudo ser “un hombre del Renacimiento” por el estallido armonioso, tanto en su cerebro como en su corazón, de las facultades más diversas y de las ansias más disímbolas cuajadas en realizaciones. Para la modestia de mis alcances me basta con saber que fue “un hombre de Guanajuato”, un hombre-antorcha que intentó quemar las puertas de la Filosofía para apoderarse de sus secretos; un hombre-aventura, un hombre-riesgo, un minero que se introdujo por el socavón para apoderarse de un poco de la riqueza de la Estética y de la Metafísica, un hombre-montaña que prueba y logra destacarse en la oratoria, en la jurisprudencia, en la literatura, en la crítica de arte, en el teatro, en la revolución fotográfica de la luz y de la figura, revolución que iba dominando a su capricho. Con deleite igual esculpió la piedra y la palabra y encontró siempre la línea justa y el contorno armonioso de la estatua y del discurso o el ensayo. Supo también escuchar la voz de la piedra, del papel y de la tierra. En sus manos fueron pretexto de actividad creadora y regocijo sin cuento lo mismo la pluma que el pincel, el papel picado, la arcilla, el cincel, el lápiz de dibujo, la cuartilla en blanco.

Y porque sabía fundir con su aristocracia el amor por las cosas sencillas; y porque sabía unir como en guirnalda las palabras y manejar el lenguaje como penacho, como bandera y como símbolo, arrancó a los textos Cervantinos, con gracia singular y conmovedora sabiduría, el relato que hizo trascender las calles, las gentes, el ambiente, la tradición

y el orgullo ancestral de Guanajuato a los cuatro puntos cardinales. Para ello le bastó echar mano de los viejos libros, echar fuera la algarabía de pájaros que traía siempre consigo para las grandes ocasiones. Y así forjó el marco, la jaula si queréis, la jaula en donde logró encerrar “La Guarda Cuidadosa” y el “Retablo de las Maravillas”.

En silencio recorrió las calles de Guanajuato, tan amadas por él, lleno del Quijote, lleno del Siglo de Oro, con las vestiduras y el brazo anquilosado de aquel que supo dar vida al Rey de los Hidalgos y al Señor de los Tristes. Asistió al entierro del Conde de Orgaz invitado por El Greco; se echó encima las vestiduras de Cervantes porque ya llevaba adentro el respeto y la admiración del genio español, para encarnar la figura de éste con la prestancia, la dignidad y la devoción que tanto le admiraron millares y millares de visitantes.

Enmudecido, escuchó el aplauso universal a los “Entremeses” sepultando en lo más íntimo de su ser el halago de la fama que en buena parte pudo reclamar como suya. Y así, Armando Olivares Carrillo, fue Cervantes, don Quijote, Cyrano, Hamlet y don Juan, todo en uno.

Herederero de hidalgos españoles, sintió un poco el atractivo franciscano de la pobreza y de la templanza en los dineros. La riqueza de su hacienda estaba constituída por sus libros, manuscritos, obras de arte, piezas prehispánicas, bibelots...

Juez severo, docto maestro, jurisconsulto, no dejó por eso de amar la vida y la belleza frenéticamente, mordiendo la celeste carne como si fuera una fruta y desgajando los “frescos racimos” de la tentación de que nos habla Neruo.

Pero también, mal pese a su disimulo, amó la muerte con amor mexicano. La muerte, para él, fue la “Calavera Catrina” de Posada, el esqueleto de azúcar, el juguete de alambre que baila la locura de un fandango, “el péndulo extremado del grito como golpe, de asesinato, de sangre en el mitin”. Por último, la muerte fue, para Armando, una dama que se sentó, enlutada y pálida, cerca de la premura del hombre, para esperarlo, con dulce espera, mientras él iba y venía “en medio de la vida batiendo, dulce, batiendo, triste, batiendo, violenta, batiendo, batiendo...”

Se entregó a los demás en una camaradería a la alta escuela, en la alegría, en el sufrimiento, en la sugestión y en el consejo, en la ayuda callada; por eso los demás se le entregaban.

No me importa el juicio ajeno; he logrado formar mi propio juicio y, por ello, para referirme a Olivares Carrillo, no me asustan los adjetivos, les abro la jaula y los dejo escapar como pájaros; no me da vergüenza dispararlos a lo alto al ocuparme de este guanajuatense singular. Porque era verdaderamente un hombre, tuvo errores y flaquezas y caídas. A pesar de ello, hombre cabal, acabó por erguirse frente al infortunio de la enfermedad incurable y a la infamia de los malagradecimientos.

Detrás de su figura se levantan las altas construcciones que reflejan la sombra de su empeño, el perfil de su cariño, la calidad de su persistencia: Escuela de Medicina, Universidad creada por él, bibliotecas redimidas del polvo y del abandono, labor editorial abundante y esforzada, edificios enteros arrancados al egoísmo y al descuido oficiales. El rastro de su mano se advierte en Valenciana al igual que en "Los Pósitos" o en el convento de Belem.

Padrino de "El Gallo Pitagórico", nos encontramos con él una vez más, ya desaparecido, en su biblioteca, junto a los estantes llenos de libros y a las paredes cuajadas de recuerdos. ¡Los libros! Compartimos con él la locura apasionada por los libros. En la marca de los suyos leemos conmovidos en el doble "Ex libris" (porque su afán se quedó oscilando como un péndulo entre dos ideas y dos alegorías): la del árbol "En Arida Tierra Crezco", y la del indio cargado con jaulas de pájaros; de ahí la leyenda: "Cargado de Aves".

Cargado de aves caminó Armando por áridos caminos, pero él supo transformarlos y embellecerlos, y el polvo ardido de esos caminos lo vio ir al encuentro del indio cargado con su carga de jaulas y se apresuró a ayudar al indio, a aliviarle de su peso y de su trote, echándose él encima, sobre las espaldas, como si fuera su propia carga, la dulzura de los trinos, la tristeza de las "alabanzas" y el llanto melancólico de los cánticos de religiosa hechicería.

Ahora tenemos que aceptar callados, absortos, dolidos, envueltos en bruma a pesar del estallido del sol y el reventar de la vida que bulle por todas partes, que lo hemos dejado para siempre en el cementerio, allá, en lo alto de la colina, y nos hemos regresado al centro de la ciudad abatidos y solos.

Antes de irse para siempre supo decirnos adiós con lentitud en la que él encontraba deleite; untándose los labios de verdad y de ternura,

repitió su despedida a todo aquel que quiso oírla: “Adiós gracias, adiós donaires, adiós regocijados amigos, que yo me voy muriendo...”

Para loar la obra de Armando Olivares Carrillo sería preciso pedirle prestado, precisamente a él, el don milagroso de su palabra, robar un poco de oro de alas de mariposa y esparcirlo sobre la blancura del papel con furia de rehilete en fiesta, copiar la tristeza de los crepúsculos del Bajío, imitar el regocijo de los amaneceres en lo alto de la sierra de Guanajuato, suplicar a las montañas que nos rodean que nos entreguen algo de su augusta serenidad para poder decir el buen decir.

Todo esto y más sería necesario para forjar la alabanza de este singular guanajuatense que se nos fue antes de tiempo porque tenía prisa, a últimas fechas, de cabalgar sobre una estrella para ir en busca de la misericordia de Dios.



Despuntó Muchas Lanzas en Lucha Contra los Molinos de Viento

POR JOSE CHAVEZ MORADO

TIENDE la provincia a la molicie, la sangre pierde el paso que acelera la vida y el cuerpo de los pueblos afecta la propia del caracol dentro de la concha.

En nuestras barrancas guanajuatenses, la ciudad capital anida, cubierto el paisaje por ese parchado manto de su caserío, que en las bonanzas de sus minas fue espléndida capa recamada en plata y en su decadencia se tornó en la parda del mendigo, rota por la pobreza del minero y de los que de él vivían.

Esa atonía que está por concluir, se extendió pesada como lápida por largo tiempo, despoblando a la ciudad, cuyas casas vacías se destruían cada año ante los ojos de las impotentes o indiferentes autoridades y ciudadanos. Sólo una llama ardía continua en el antiguo Colegio del Estado, en donde al fervor cultural lo alimentaban viejos sabios maestros y jóvenes, inquietos estudiantes.

Entre estos últimos, ayer quiijotes, hoy juristas sesudos y altos funcionarios, existió una vibrante voz que surgía de un agresivo perfil, cuerpo delgado como estoque, movido por encontradas inquietudes, que tuvieron el dón de agitar e impulsar a la creación, crear el mismo en las letras, el teatro o la plástica. Me refiero, claro está, a Armando Olivares.

Breve fue la vida de este inolvidable amigo, exaltado varón, quien vivió de prisa, como si presintiera que el hilo de su existencia era corto; con ardores de espadachín entró a saco en todos los talleres, le faltó tiempo y paciencia para pulir su canto rodado, pero despuntó muchas lanzas en lucha contra los molinos de viento.

Sus incursiones en el terreno de la plástica fueron pocas y de ellas pronto se ha borrado la huella y sin embargo, sus fotografías, sus dibujos y su juicio sobre el arte, contiene aciertos innegables. Flechazos, fugaces lances, pero su intuición le llevó la mano y sus dardos se aproximaron o pegaron en el blanco.

Poliédrico pero no ecléctico, Armando ardía con cada asunto que le daba luz. Si hablaba de artes se embriagaba en ellas, si de filosofía, discutía sin fatiga, si de política, atropellaba al contrincante.

Hablar, argumentar, batallar, eran su oficio, el verbo su herramienta; la pasión con frecuencia arrollaba a la razón.

Su apariencia de sibarita y sensual por sus ropajes y el esmerado cuidado de su persona, haría suponer al decadente y sin embargo era fuerte y fue estoico al morir. Nunca mostró en sus últimos días temores y ocultó sus dolores. Tal vez el único y último, fue morir lejos de su gran amor, la gran pasión por la cual llegó hasta ser injusto: su Guanajuato.



En Memoria de Armando Olivares

POR MANUEL LEAL GUERRERO

LOS talentos, cuando logran ascender a atmósferas de alta jerarquía, se transforman en lo que los geólogos llamarían "MATERIAL IRRENOVABLE". Lástima que una de las fatalidades que angustian a la humanidad, es que la muerte es segadora ciega e implacable. Su infatigable guadaña va truncando vidas sin distinciones ni preferencias, así nos ha ido privando de los valores elegidos por nuestras predilecciones —y al enumerarlos me concreto a una etapa relativamente corta y reciente: el Ing. D. Ponciano Aguilar, el Lic. D. Agustín Lanuza, el maestro D. Fulgencio Vargas, los hermanos Heredia, los hermanos Herrera Carrillo, y tantos otros. Nos parece que los hados han señalado como funesto al mes de Octubre; el día 13 de este mes, correspondiente al año de 1962, feneció nuestro querido y siempre admirado Armando, y aún estaba abierta la herida que dejó en nuestras almas, cuando hace sólo unos días, el día 11 del mismo mes, nos dejó otro entrañable amigo: el distinguido escritor Fernando Robles. Se me pide ahora alguna expresión en memoria del primero, y no puedo sino renovar mis sentimientos, que dolorosamente expresé a raíz de su fallecimiento, y al hacerlo reavivo la pena de perder al amigo y al siempre admirado intelectual.

En las amistades efectivas y sinceras no todo es halagar los oídos con mutuos elogios, a veces surgía la discusión acalorada; chocaban las discrepancias, pero de inmediato surgía generosa la reconciliación, quedando a flote más firme nuestra constante y mutua estimación.

La amistad con Armando tuvo firmes raigambres, primero fui amigo del señor su padre, pulcrísimo caballero, de elegancia nata, de escrupuloso buen vestir; amigable y fino. Visitaba casi a diario la librería de otro simpatiquísimo amigo: Don Poncho Cue de la Fuente, asturiano más guanajuatense que muchos nativos de esta ciudad. Acudían a dicha tertulia personas eminentes, como el Ing. D. Ponciano Aguilar, el Lic. D. Agustín Lanuza, el Maestro D. Fulgencio Vargas, ocasionalmente el distinguido bardo guanajuatense D. Rafael López, en alguna ocasión el can-

tor del hogar D. Juan de Dios Peza, algunos viejos afiliados a la antigua minería guanajuatense, como D. Agustín Aguado, y D. Tiburcio Garay, el maestro y querido amigo D. Arturo Sierra y guardo con dolor el recuerdo de mi padre, casi ciego (más tarde recuperó la vista), y otras personalidades que de momento no recuerdo.

La guadaña fatal segando vidas. Las transformaciones que la vida misma nos va exigiendo, fueron desgranando aquel grupo digno de haber sido consignado en la crónica de la pluma, admirablemente descriptiva de Azorín.

Surge en mi memoria el recuerdo de Armando niño, atildado como un príncipe, heredero de la elegancia paterna. Lo recuerdo de acólito del Padre Martínez, haciendo flotar el incensario, y entre las volutas de humo perfumado, quizás también volaran sus fantasías de niño. Lo recuerdo en sus días infantiles, en domingo, comprando cuentos en la librería de don Alfonso, y más tarde, alumno mío, que supo captar mi predilección, a la cual me obligaban sus maneras respetuosas, su disciplina y su talento. Polifacético en sus predilecciones dispersas, supo hacer de la fotografía, de un arte mecánico, elevarlo a la categoría de arte selecto, incluyéndolo entre las Bellas Artes; dibujante exquisito, profundo filósofo y excelso orador. Avatares del destino me arrancaron de Guanajuato obligándome a radicar en la ciudad de México para atender a mi padre en su larga y penosa enfermedad. Cuando llegó su óbito fatal regresé a Guanajuato y encontré a otro Armando, jocundo, alegre; frecuentador de alegres serenatas e integrante del regocijado grupo llamado "los Enemigos del Sol", jovial, amigüero y agradabilísimo animador de jaranas.

Entra otra etapa de tiempo; ha madurado, pero sin perder su innata amabilidad y su magnífico dón de gentes. Jamás se envaneció durante las etapas en que ocupó elevados puestos públicos. Siempre fue el amigo cordial, franco, sacando a menudo a flote su buen humor, festivo y certero. Actuó en múltiples comisiones y empleos durante su etapa de noviciado, hasta lograr escalar altos puestos, como Diputado al Congreso estatal, Juez de Distrito, puestos en los que siempre campeó su inmaculada honorabilidad y acierto; descollando en sus funciones como rector de la Universidad de Guanajuato de la cual fue creador, elevando a ese rango al antiguo Colegio del Estado. Viajó por Europa y Sudamérica. Muchos viajeros hay que están en Europa, pero Europa no está en ellos. Armando la poseyó ampliamente, y es una lástima que la muerte implacable no le haya dejado espacio para consignar en su brillante literatura todo lo que la vida le enseñó.

Ultima Página

TIPOGRAFOS DE LA UNIVERSIDAD

NO queremos dejar pasar la oportunidad que se nos brinda para unirnos, con todo fervor y devoción verdadera, al homenaje que ahora rinde COLMENA UNIVERSITARIA a la memoria del señor Lic. Don Armando Olivares Carrillo.

Maestro, jurisconsulto y para nosotros también dilecto amigo, no terminaremos jamás de dolernos de su desaparición, de apreciar su generosidad, de llorar su ausencia.

Fundador de los talleres gráficos de la Universidad, muchos de nosotros, llamados por él, lo acompañamos desde 1943, al adquirirse por su cuenta y en buena parte con dineros suyos, la imprenta del semanario "El Noticioso".

Por años lo vimos después llegar hasta nosotros cada día, abierto, emprendedor, con ideas nuevas y contagioso entusiasmo siempre con renovado amor por las artes gráficas.

Estábamos, por ello, acostumbrados a tenerlo con nosotros en la diaria tarea, como maestro y como animador de casi todo esfuerzo nacido y crecido en esta casa fundada por él.

El usó la tinta de imprenta como una bandera de verdad y de belleza. Con ella, con tinta de imprenta, logró dejarnos la herencia de su huella luminosa.

Que en esta hora de tinieblas, de obscuridad universal, ilumine su recuerdo este pequeño mundo en que vivimos y que él nos enardezca de nuevo, diariamente, con la luz de su enseñanza.

Por él estarán siempre vivos en el interior de esta casa, el aceite y la llama de nuestra lámpara...



PROF. MARIO RUIZ SANTILLAN
PRIMER LIGERO DEPTO. 313
C I U D A D.

FRANQUICIA postal,
concedida por acuerdo
presidencial del 13 de
junio de 1955.



UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

COLMENA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Lic. Enrique Cardona Arizmendi
Rector

Lic. Néstor Raúl Luna Hernández
Secretario General

Lic. Isauro Rionda Arreguín
Jefe del Departamento de Acción Social y Cultural

Mtro. Luis Rionda Arreguín
Director de la Publicación

PUBLICADA POR

LA UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

IMPRESA UNIVERSITARIA